

FORJADA EN LA TORMENTA

David B. Gil

© David B. Gil (2022)



Para Seiya y Thiago, que han traído más luz a nuestros días.

1

Una flecha, una vida

—¡Asaemon! —le susurró alguien al oído—. Asaemon, muchacho, ¡despierta!

El aludido se limitó a gruñir, pero un leve zarandeo lo obligó a abrir un ojo y buscar al culpable de tanta desconsideración. Se encontró con el rostro grave de Kasahara, quien fuera mano derecha de su padre mientras este vivía, principal valedor de Asaemon ahora que él ostentaba el puesto de maestro rastreador.

—Es su turno, Hikura-sama —dijo Kasahara a pecho lleno, engolando la voz para que todos supieran que lo trataba con la debida consideración.

Asaemon asintió, y aquel simple gesto le contrajo el cuello y los hombros, consecuencia de haberse quedado dormido de rodillas, sentado a la forma ceremonial. A su alrededor, decenas de miradas —graves, reprobatorias— lo atravesaban con desprecio. Ignorándolas, Asaemon tomó el arco que descansaba junto a él, se puso en pie con la ayuda del veterano samurái y avanzó por el patio empedrado del santuario Izumo Taisha.

Se hallaban en el décimo mes del calendario lunar, cuando los ocho millones de dioses que pueblan el mundo se congregan en la provincia de Izumo para rendir homenaje a Okuninushi, la deidad gobernante de dichas tierras. Durante unos días, Izumo se convertía en el hogar de todos los dioses y, en agradecimiento por este alto honor, los habitantes de la provincia se volcaban en el festival de Kamiari, cuyo desenlace tenía lugar esa noche en el torneo del arco y la flecha.

Los mejores arqueros de la región se enclaustraban en el gran santuario para competir entre ellos; un representante de cada gran casa samurái y un maestro de cada escuela de arquería, todos pugnando por hacer sonar la campana que pendía a veinte *ken*¹

¹ *Ken*: medida que equivale a 1,8 metros, aproximadamente. *[Todas las notas son del autor]*.

de distancia. Si la campana cantaba, los dioses se sentirían satisfechos y el nuevo año sería próspero para la gente de Izumo, especialmente para aquel clan que hubiera arrancado el tañido con la punta de su flecha.

Si nadie acertaba, por el contrario, significaba ofender a todos y cada uno de los *kami* de Japón y exponerse a un año aciago.

—Kasahara —musitó Asaemon al hombre que caminaba junto a él—, ¿cuántos han tirado ya?

El viejo guerrero se mesó la barba, un gesto que Asaemon le conocía desde que era un mocoso que correteaba entre sus piernas.

—Solo quedan usted y el caballero Kunitane, del clan Ishikawa.

—¿Trece arqueros y ninguno de esos inútiles ha acertado?

—El caballero Baisetsu estuvo cerca, pero su flecha perdió altura en el último instante.

En otras circunstancias, Asaemon se habría burlado de la impostada solemnidad con la que le hablaba Kasahara, cuando hacía tan solo unas horas estaban trasegando sake junto al resto de su compañía. Ahora, sin embargo, bastante tenía con llegar al puesto de tiro caminando en una digna línea recta.

Mientras se concentraba en poner un pie delante del otro, creyó recordar que el tal Kunitane que lanzaba tras él era un antiguo vasallo de los Ikeda, regentes de Izumo hasta que Sugawara-sama tomó sus tierras. Aquello fue hace tiempo, cuando Asaemon apenas contaba once años y era su padre quien ostentaba el título de maestro cazador; pero el odio hacia los Ikeda se mantenía vivo entre los suyos, y permitir que uno de sus antiguos vasallos se llevara el favor de los dioses provocaría un hondo descontento en su señor.

Cuando llegaron al punto donde debía colocarse el arquero, Kasahara se plantó ante él y, con una profunda reverencia, le entregó una saeta emplumada con péndola de halcón. «Toda tu vida en un solo tiro», murmuró el samurái antes de retirarse.

Asaemon torció el gesto mientras lo veía alejarse. Le molestó que Kasahara le recordara las palabras de su padre, como si aún fuera ese niño al que enseñaban a cazar conejos. «Pon todo tu ser en la flecha que sostienes, pues siempre será la definitiva», le susurraba al oído mientras el pequeño Asaemon tensaba el arco, esperando que algún animalillo asomara entre la espesura.

«No eran más que conejos», masculló para sí, al tiempo que sopesaba el proyectil con el que debía lanzar. Lo encontró extraño en su mano, como si fuera la primera flecha que sostenía en su vida. Su padre también solía decirle que si estaba demasiado borracho para enhebrar un hilo en una aguja, también lo estaba para hilar pensamientos y palabras. «En tal caso debes cerrar la boca y mantenerte al margen». En ese momento a Asaemon le habría costado enhebrar incluso el arco *tori* que daba paso al santuario, cuanto más acertar al pequeño disco que colgaba al otro extremo de la explanada.

Con un suspiro de resignación, se abrió el kimono y se desnudó el brazo izquierdo. Podía sentir sobre su espalda las miradas de sus competidores, de los consejeros y oficiales del clan Sugawara, de los sacerdotes y las *miko*² del santuario, todos en silencio, alineados en escrupulosa jerarquía sobre los cojines en el suelo. Frente a él, el extenso empedrado barnizado por el resplandor de las lámparas de papel: dos hileras de luces que iluminaban el largo camino hasta la campana sagrada, suspendida de una cuerda atada a un bastidor.

Colocó la pluma en el enfleche y empujó el arco con delicadeza, hasta alcanzar la máxima tensión a la altura de la mejilla. No necesitaba pensar, era un gesto tan innato como respirar, el problema llegó a la hora de intentar ubicar el blanco. Cualquier punto donde fijara la vista se volvía turbio, esquivo, y el disco de bronce al que debía acertar no dejaba de hundirse en la oscuridad, cada vez más lejano, desdibujado, por completo inalcanzable. Un disparo difícil en plenas facultades, imposible en sus condiciones. ¿De qué preocuparse, entonces?

Allí, bajo la atenta mirada de Okuninushi, Asaemon liberó su única flecha. Esta atravesó la noche en suave parábola, recorriendo el pasillo de luz delimitado por las lámparas. Las llamas cimbrearon a su paso, su sombra se multiplicó en ángulos cruzados, pero su vuelo, grácil y silencioso como el de un ave de presa, no tardó en desvelarse demasiado alto, demasiado apresurado. No bajaría a tiempo, no daría en el blanco, pensaron todos los presentes, hasta que la punta de acero desgarró la cuerda que sostenía la campana. Y esta tañó, sí, al golpear estrepitosamente contra el suelo.

² *Miko*: monjas que asistían a los sacerdotes sintoístas en los ritos y se encargaban de las tareas cotidianas en los templos.

Después solo se escuchó el grito contenido de los sacerdotes, horrorizados por semejante herejía.

Asaemon aguardaba en la sala del consejo, de rodillas sobre el cojín que se había dispuesto para él frente al estrado. La estancia, delimitada por paneles *shoji* decorados con el blasón del clan Sugawara, era amplia y diáfana, concebida para albergar muchas voces, de ahí que la figura del samurái pareciera perdida en la gran penumbra.

Se le había citado de inmediato en la torre del homenaje, antes de que el castillo despertara y el desafortunado incidente en Izumo Taisha comenzara a saltar de boca en boca hasta llegar a los oídos del daimio. Sin duda, los consejeros querían ser los primeros en informar a su señoría de la noticia y, al mismo tiempo, comunicarle que el responsable ya había sido castigado. Visto en perspectiva, se dijo Asaemon, quizá no hubiera sido buena idea celebrar el Kamiari con la guarnición antes de acudir al santuario... Aunque, a su entender, todo aquello se estaba sacando de quicio. ¿Qué había hecho, sino fallar como otros trece samuráis antes que él?

Un ayudante de cámara recorrió una de las puertas laterales y se arrodilló junto a la entrada. Tras él entraron cinco de los consejeros del clan, que se fueron acomodando en los cojines sobre el estrado. En el centro se colocó el *karo* Soju Hashiba, mano derecha de su señoría y viejo amigo del padre de Asaemon. Su rostro, no obstante, era el más severo.

—Maese Hikura —comenzó el *karo*—, varios de los presentes hemos sido testigos de su inaceptable comportamiento esta noche en el gran santuario. Hemos debido presentar nuestras disculpas al sumo sacerdote y al caballero Kunitane, que no pudo ejecutar su lanzamiento. Afortunadamente, su señoría no se hallaba en el recinto y no se vio obligado a disculparse en persona. ¿Qué tiene que alegar a esto?

—Lo lamento. Fue mi mano la que disparó la flecha que descolgó la campana. No hay excusa posible a mi error. Acataré cualquier castigo que se me imponga.

Los consejeros intercambiaron miradas de descontento. Parecía que la respuesta no terminaba de agradarles.

—Sabe bien, señor Hikura, que no se le reprobaba que fallara el disparo, sino el estado en el que se presentó a la competición ceremonial.

—Es una negligencia intolerable en un samurái sin rango —intervino otro de los consejeros—, máxime en el maestro de caza del clan.

—Quizá sea ese el problema —apostilló un tercero—: el señor Hikura heredó demasiado pronto las responsabilidades de su padre. Puede que haya llegado el momento de considerar a otros candidatos para el puesto.

—¿Por qué habría de hacerse tal cosa? —los interrumpió Asaemon, tratando de controlar su temperamento—. Desde que se me nombró maestro rastreador, ningún criminal ha escapado con vida del feudo; tras la batalla de Nunobeyama, mi partida de rastreo purgó los bosques con éxito y se evitó que el enemigo se reagrupara. Humildemente, creo que no he fallado en mis responsabilidades.

—Atender debidamente el protocolo y las ceremonias también forma parte de sus responsabilidades, señor Hikura.

—Solo aquellos que jamás han pisado el campo de batalla pueden considerar las distracciones de la corte más importantes que el desempeño en la guerra.

La sala estalló en voces reprobatorias y gestos airados contra el jefe de los rastreadores del clan, hasta que Hashiba impuso silencio.

—Cuidado con sus palabras, maese Hikura —le advirtió el *karo*.

—¿Acaso no dicen los viejos códigos que un samurái debe estar listo para asistir a su señor en cualquier circunstancia? —preguntó el samurái con suficiencia—. Si lo piensan bien, el prestarme a este servicio aun sin estar en plenas facultades, en lugar de buscar una excusa para escabullirme, demuestra mi lealtad hacia su señoría.

—¡Ya basta! —exclamó otro de los consejeros, al tiempo que golpeaba con el abanico la tarima—. ¡No toleraremos las provocaciones de un borracho!

El *karo* levantó la mano para pedir de nuevo calma.

—Señores, por favor, les ruego que me dejen a solas con maese Hikura.

—¿Por qué habríamos de retirarnos, Hashiba? Decidamos aquí y ahora la sanción a este hombre, pongamos fin a sus impertinencias.

—Se lo ruego —insistió Hashiba con una profunda inclinación—. Permítanme un momento a solas con él. —Mantuvo la postura de súplica.

Desatender una petición directa del primer consejero habría sido sumamente descortés, así que el resto comenzó a ponerse en pie para abandonar la sala entre murmullos y miradas soslayadas.

Cuando los dos hombres se quedaron solos, el *karo* volvió a tomar la palabra:

—Tu comportamiento es injustificable. Hace tiempo que se te permite más que al resto, pero esta noche has excedido todos los límites.

—No tienen derecho a amenazar mi posición dentro del clan, he cumplido con mis obligaciones tal como lo habría hecho mi padre.

—Nunca vi a tu padre ebrio mientras lucía el blasón Sugawara en sus ropas, ni le vi ofender a las divinidades y a los sacerdotes del Izumo Taisha. ¿Crees que la diligencia en el cumplimiento de tus obligaciones te exime de la dignidad que se exige a un samurái?

Asaemon desvió la mirada sin atisbo de reconsideración.

—Aceptaré cualquier castigo que se me imponga. Incluso la expulsión.

—Eres muy joven, Asaemon, y la ligereza con la que pronuncias esas palabras lo demuestra. Hablas como si dicho castigo solo te afectara a ti. ¿Acaso no tienes una mujer? ¿No acabas de ser padre? —Hashiba exhaló, hastiado—. No he decidido aún tu castigo. Sea cual sea, antes deberás cumplir una tarea para mí.

Asaemon levantó una ceja. No era una encomienda personal del *karo* lo que esperaba en ese momento.

—Viajarás hacia el sur, a una aldea llamada Ottara, a orillas del Kamedake. La gente del lugar ha denunciado... ciertos incidentes. Necesito que los investigues y des caza al responsable.

—¿Qué incidentes?

Hashiba se tomó un momento para expresar de forma ordenada lo que sabía.

—Hace dos semanas, el jefe de la aldea vino al castillo a presentar una súplica. Según aquel hombre, la montaña próxima al lugar lleva años habitada por un demonio. Uno no muy amigable, al parecer. Habían aprendido a convivir con él, pero en las últimas fechas han tenido problemas. Los lugareños aseguran que cinco muchachas han desaparecido en un mismo día, y que tres hombres que se internaron a buscarlas en el bosque aparecieron muertos a la mañana siguiente.

Asaemon se rascó el mentón, pensativo.

—Supercherías de campesinos —zanjó.

—Es probable, pero el asunto nos preocupa. Llega en un momento delicado. —El *karo* se dejó caer en el reposabrazos colocado junto a su cojín; la noche se estaba alargando más de la cuenta y aquellos asuntos comenzaban a resultarle engorrosos—. Su señoría quiere avanzar hacia el oeste, hacer la guerra a los aliados del clan Mori. Ya sabes lo que eso significa.

—Más impuestos.

—Y no es sensato apretar a los campesinos cuando las aguas están revueltas. El asunto de Ottara ha saltado a otras aldeas, hay preocupación y el año pasado se produjeron revueltas en feudos vecinos. Es mejor atajar este asunto rápidamente.

—¿Por qué yo, señor Hashiba? Es un problema que podría haber despachado la guarnición o los *doshin*³ locales.

—No estás en disposición de hacer esa pregunta, ¿no crees? —le espetó el *karo*.

Asaemon se inclinó a modo de disculpa.

—En cualquier caso, hace cinco días se enviaron a tres *doshin* desde Toda, pero en ningún puesto de paso se ha vuelto a tener noticias de ellos, así que ha llegado la hora de que el maestro rastreador se gane su estipendio.

Asaemon apoyó las manos sobre el tatami y bajó la frente hasta el suelo.

—Partiré al alba.

Al abandonar la sala del consejo, Asaemon se encontró con Masahiro Kasahara esperando en la antecámara; caminaba en círculos y se peinaba la espesa barba con los dedos. En cuanto escuchó la puerta descorrerse, el veterano samurái se detuvo en seco y alzó la vista.

—¿Han sido demasiado severos? —preguntó por todo saludo.

—Aún está por ver. Por ahora me mandan a Ottara unos días, a investigar la desaparición de unas campesinas.

³ *Doshin*: agentes locales de justicia que dependían de la administración del feudo.

—Iré contigo —decidió el otro sobre la marcha.

—No, es un castigo solo para mí, Kasahara. Y alguien tendrá que poner firmes a mis hombres mientras yo no esté, ya sabes que tienden a beber más de la cuenta.

Kasahara rio con desgana.

—Esos malnacidos no respetan a un viejo como yo.

—Esos malnacidos te respetan más a ti que a mí —replicó Asaemon—. Todos lo hacen, en realidad. Muchos de los de ahí dentro te preferirían a ti al mando.

—Escúchame bien, muchacho —lo reprendió con afecto—: eres digno sucesor de tu padre. No hay nadie mejor para comandar la compañía de rastreadores del clan Sugawara.

Asaemon asintió sin convicción.

—Si tan solo aprendieras a tirar con el arco de una maldita vez —agregó Kasahara.

—No habrías acertado a esa campana ni en tus mejores días, viejo —bromeó el otro, adentrándose por el pasillo que conducía a los aposentos.

—Eres bueno con el sable, no lo negaré, pero sigues tirando como cuando te llevábamos a cazar conejos.

—Hay cuatro o cinco arqueros mejores que yo en la compañía, ¿para qué molestarme? —dijo Asaemon con displicencia.

—Nadie te pide que aciertes a un halcón al vuelo, bastaría con que el próximo año no descolgaras la campana del Izumo Taisha.

Descorrió lentamente la puerta y entró en la habitación en penumbra. Su mujer y su hijo dormitaban bajo la colcha, con la criatura de apenas un año abrazada al vientre de la madre. Asaemon se sentó contra la pared y los contempló en silencio, tratando de alcanzar ese mismo sosiego.

—Es tarde —murmuró Sayuri sin abrir los ojos.

—Lo es.

—¿Hiciste sonar la campana?

Él resopló.

—Lo hice, pero no de la manera en la que a ellos les habría gustado.

Sayuri abrió los ojos y observó el rostro de su marido, sus facciones apenas iluminadas por la luz de la luna.

—¿Qué has hecho, Asaemon?

El interpelado amagó media sonrisa.

—Descolgué la campana con la flecha. Un mal augurio, según los sacerdotes. Un tiro entre mil, diría yo.

—¿Has bebido?

—¿Tú también con esas, mujer?

Una fina línea partió el entrecejo de su esposa. Conocía esa mirada y sabía que se la merecía. Como también sabía que ella se contendría para no despertar al niño.

—El viejo Hashiba me ha encomendado una misión a tres días del castillo, en la aldea de Ottara. Ese será mi castigo.

Ella suspiró y volvió a descansar la cabeza sobre la almohada.

—¿Crees que ese es tu castigo? —le preguntó con los ojos cerrados—. Esa es la oportunidad que Hashiba te ha dado, esposo. Procura no echarla a perder.

2

Cambio de estación

Nanami dormitaba plácidamente junto a él: la cabeza apoyada contra su pecho, la mano tendida sobre su vientre, apuntando un abrazo que el sueño no había llegado a deshacer. Ryō, despierto con la primera luz que se había filtrado entre las esteras de caña, se incorporó con cuidado y contempló sus dominios: una humilde cabaña de seis tatamis de superficie, su hogar desde hacía algo más de un año. Eran, sin duda alguna, los aposentos más pobres en los que jamás había dormido, pero se le antojaban los más maravillosos por la simple presencia de aquella muchacha.

Aquel despertar temprano le regaló la indiscreción de poder contemplarla a su antojo: la pequeña boca de labios gruesos, entreabiertos en una respiración adormecida; el contorno de su cuerpo menudo insinuado bajo la colcha; la melena negra, larguísima, deshilachada sobre la almohada... Durante el día, cuando recorría los campos, la llevaba recogida bajo el pañuelo; de tanto en tanto, un mechón rebelde se deslizaba sobre su mejilla izquierda, hasta que ella, obstinada, volvía a recogerlo tras la oreja.

La había visto hacer aquel gesto muchas veces, mientras él recorría los arrozales a lomos de su caballo, vigilando las tierras que su padre administraba. En esos momentos se permitían alguna mirada furtiva, siempre zanjada con una sonrisa tímida. Creían poder ocultárselo a los vecinos de la aldea, pero estos se reían entre cuchicheos del joven samurái enamorado de la hija del herrero. Una historia tan vieja como el mundo.

Por la noche, Nanami abandonaba la casa de sus padres y se escabullía hasta el lecho de Ryō. Y las miradas que compartían ya no eran esquivas, ni ella se recogía ya el cabello con recato, sino que lo dejaba caer cuan largo era sobre su espalda.

Antes de que la primera luz del alba la despertara, el joven tiró cuidadosamente de la colcha para descubrir la curva de sus pechos. Contempló su piel en la penumbra, tostada por el trabajo junto a la fragua, por las coladas a orillas del río y los baños en la

laguna; quizá su tez fuera demasiado morena para los gustos de la corte, pero a él se le antojaba tersa como la más fina seda, cálida como el sol en el invierno. Incluso el sudor de sus recovecos le resultaba dulce y embriagador.

Y mientras la admiraba, volvió a sentir la dentellada de los remordimientos que lo asaltaban cada vez con más frecuencia. Ninguno se engañaba, ambos sabían que un samurái y una *heimin*⁴ no podían permanecer juntos; no como matrimonio, al menos. Y a Ryō lo atormentaba lo que pudieran pensar los padres de ella, que soportaban la situación con silencio resignado.

Nanami descendía de una larga tradición de armeros que llevaba más de un siglo proveyendo al clan Ikeda. Sus hojas eran muy apreciadas, incluso más allá de Izumo, y desde hacía generaciones al taller se le permitía firmar sus creaciones con el nombre del fundador: Kuroda, que había pasado a convertirse en el nombre familiar.

Pese a la dignidad que les otorgaba el poseer apellido y ser una de las armerías oficiales de los Ikeda, la forja nunca se había trasladado a las inmediaciones del castillo. Había permanecido siempre en aquella aldea, próxima a los yacimientos de hierro de la región y a los hornos que trabajaban el mineral. Aquello les garantizaba una estrecha relación con los artesanos fundidores que conocían el secreto del *tamahagane*,⁵ y permitía a los Kuroda seleccionar para su forja el mejor acero.

Tan larga tradición los había convertido en una de las familias más respetadas de la cuenca del Kamedake, y Yashiro Kuroda, el padre de Nanami, era el orgulloso heredero de dicha tradición. Un hombre de principios firmes y carácter seco, que ahora debía sobrellevar en silencio la relación ilícita de su hija con un samurái.

Y es que Yashiro sabía bien lo que sucedería: el joven Aratani partiría en cuanto fuera llamado de regreso a la capital, dejando atrás a su hija, mancillada y, en el peor de los casos, con un bastardo al que alimentar.

⁴ *Heimin*: casta social mayoritaria en el Japón feudal. A ella pertenecían los campesinos, artesanos y comerciantes.

⁵ *Tamahagane*: tipo de acero obtenido a partir de arena de hierro y carbón natural. El procedimiento para su producción era largo y costoso, pero garantizaba un acero de notable calidad, cuyos mejores fragmentos eran destinados a la fabricación de armas samuráis.

«¡Pero no es esa mi intención!», se decía Ryō insistentemente: la llevaría con él al castillo y le expondría la situación a su padre. Si no como esposa, la tendrían que aceptar como concubina, aunque lo obligaran a desposarse con una mujer de casta samurái para guardar las formas. Su padre montaría en cólera, estaba seguro; su madre trataría de convencerlo de que ninguna joven decente aceptaría el compromiso con un hombre que ya guardaba concubina, pero tendrían que...

—¿Qué haces, por qué me destapas? —ronroneó Nanami, somnolienta.

—Aún es temprano, podemos olvidarnos del mundo un poco más. —Y se deslizó bajo la colcha junto a ella.

La joven se liberó de su abrazo para ponderar la luz que penetraba por la ventana. Se frotó los ojos y señaló los pliegos de papel de arroz que colgaban de la pared. El vuelo de un pincel había trazado sobre ellos una serie de *kanji*.⁶

—Hombre, samurái, niño, mujer... —comenzó a leer la muchacha, hasta que calló, tratando de descifrar la quinta palabra.

—Es... —comenzó él.

—Espera, no seas impaciente. —Sonrió, satisfecha porque él la obedeciera—. Ese es «ruido».

—Exacto —respondió Ryō, feliz de que su alumna fuera tan aplicada.

—¿Cuándo me enseñarás a escribir el mundo?

—¿El mundo?

—Ya sabes, la montaña, los árboles, el río...

—A su tiempo. Primero lo más pequeño, luego lo grande.

—¿Cómo de grande es el ruido? —se burló Nanami.

—Depende, tú eres pequeña y no paras de hablar.

La muchacha sonrió sin cubrirse la boca. Luego entrelazó sus dedos con los de él, zalamera.

—Anoche los dos hicimos ruido.

⁶ *Kanji*: ideogramas utilizados en la escritura japonesa. Constan de un solo carácter que expresa un concepto.

Quiso abrazarla, perderse de nuevo en ella, pero algo interrumpió su impulso. Ryō se incorporó, atento a algún sonido lejano. Poco a poco se hizo evidente el batir de unos cascos sobre el camino de tierra.

—Ayúdame a vestirme —le pidió, mientras saltaba fuera del jergón.

Se cubrió con el kimono mientras ella le alcanzaba el pantalón *hakama* y el *haori*.⁷ El galope se aproximó por el único camino que cruzaba la aldea hasta que el jinete refrenó al animal. Pudieron escuchar claramente cómo este se encabritaba y piafaba en el exterior, prácticamente a las puertas de la vivienda.

—¡Busco al administrador de la aldea! —gritó el visitante—. ¡Busco al caballero Ryō Aratani!

Ambos intercambiaron una mirada preocupada.

—Es un mensajero del castillo. Algo debe de haber sucedido.

Ryō se cuadró el *haori* y se encaminó hacia la salida. Antes de abrir la puerta, inspiró profundamente para tratar de serenarse: un mensajero al galope no suele portar buenas noticias. Deslizó el panel de madera y, descalzo, bajó los escalones hasta sentir entre los dedos la tierra escarchada. El alba despuntaba ya sobre los tejados de chamizo.

—Yo soy Ryō Aratani —anunció.

El mensajero hizo girar al caballo hasta confrontarlo. Su expresión era adusta, de medida gravedad, pero la inquietud del animal delataba la del jinete.

—Caballero Aratani, estoy aquí para informarle de que el castillo de su señoría fue atacado hace dos noches. Durante la hora del buey,⁸ tropas del clan Sugawara penetraron en la fortaleza. Solo unos pocos mensajeros hemos podido partir para alertar a los vasallos que se hallaban fuera de la ciudadela.

Ryō sintió un frío helador que le contrajo las vísceras. Buscó la empuñadura de sus sables en un gesto instintivo, pero no los llevaba a la cintura.

—Comprendo —alcanzó a responder—. Armaré levas de inmediato y partiremos hacia el castillo.

⁷ *Haori*: abrigo de mangas holgadas que se vestía sobre el kimono.

⁸ Hora del buey: de la 1.00 a las 3.00 de la madrugada.

—No, no lo ha entendido bien, caballero Aratani. La fortaleza ha caído y el señor Ikeda ha muerto durante el asalto. Los castillos de frontera no han dado señales de vida, con lo que podemos asumir lo peor. El clan Ikeda ya no gobierna Izumo.

Ryō sintió tambalear su compostura. ¿Cómo había podido suceder tal cosa? Era imposible hacer caer la fortaleza de los Ikeda en una sola noche. Ese fue su primer pensamiento. El segundo fue para su familia, que se hallaba en dicha fortaleza.

—¿Qué se espera de mí, entonces?

—¿De usted? No queda servicio que pueda prestar a su señoría, salvo el *seppuku*.⁹ O, si lo prefiere, esperar la llegada de los Sugawara con la espada en la mano.

El joven samurái no acertó a articular una respuesta. Su callada, no obstante, podía considerarse una cobardía, así que se obligó a rendir una profunda reverencia.

—Cumpliré con mi deber.

—Lamento ser portador de la peor de las noticias —dijo el mensajero, inclinando a su vez la cabeza—. He de proseguir. Si todo va bien, pronto nos reencontraremos a la otra orilla del Sanzu.

El jinete espoleó a su caballo y prosiguió hacia el norte, en dirección a las aldeas próximas al lago Shinji.

Ryō mantuvo su reverencia hasta que el galope del animal se perdió en la distancia. Cuando se incorporó, vio los rostros espantados que lo contemplaban desde la penumbra de las contraventanas, desde las puertas entreabiertas. Giró para regresar a su cabaña y se encontró a Nanami bajo el dintel, apenas cubierta por un *nemaki*¹⁰ y con el pelo suelto aún, indiferente al escrutinio de sus vecinos.

—No soy tan estúpida como para pedirte que huyas conmigo —comenzó—, pero te ruego que no te quites la vida en vano.

Se sostuvieron la mirada por primera vez en público, como si fueran marido y mujer, y Ryō halló en sus ojos la misma desesperación que él sentía.

—No lo haré. Aún he de averiguar qué ha sido de mi familia.

⁹ *Seppuku*: suicidio ritual consistente en la evisceración con un sable corto o puñal.

¹⁰ *Nemaki*: sencillo kimono de algodón vestido tanto por hombres como por mujeres. Solía usarse en el interior del hogar, sobre todo como ropa para dormir.

Nanami se limitó a asentir. Sabía que sus palabras habían sido inapropiadas, ¿quién era ella para cuestionar lo que debía hacer o no un samurái? Y, sin embargo...

—Si mueres, yo también me quitaré la vida. Sé que apenas valgo nada, pero este mundo se me hará insoportable sin ti.

—Nanami... —Estuvo tentado de acariciarle la mejilla, pero contuvo el gesto—. Ambos sabemos que moriré antes que tú. Solo te pido que encuentres razones para vivir sin mí, de lo contrario no podré partir en paz.

Ryō terminó de preparar su bolsa de viaje mientras ella lo observaba desde un rincón de la vivienda, sumida en un silencio lóbrego. Siempre le había parecido alto y distinguido en el porte —de rasgos algo aniñados, quizá—, pero vestido con la armadura samurái, su presencia resultaba imponente, casi intimidante. El joven guerrero se recogió el moño bajo un pañuelo blanco y se cubrió la cabeza con el casco perfumado de incienso. Nanami ni siquiera se había atrevido a ofrecerse para ceñirle las piezas, pues comprendía que aquel al que amaba se hallaba más allá de su alcance, perdido en una oscura bruma que ella no podía penetrar.

Por último, Ryō se ajustó los sables y musitó una breve plegaria a Hachiman.

—He de partir —anunció finalmente.

—Cuidaré de la casa en su ausencia, si no le resulta inoportuno.

Le entristeció la súbita formalidad en el trato, pero comprendía que era la forma que tenía Nanami de hacerse a un lado, de liberarlo de cualquier compromiso que pudiera sentir. Habría querido decirle que los sentimientos que albergaba hacia ella, lejos de ser un lastre, eran el último rescoldo en un pecho que sentía yermo.

—No podría dejar mi casa en mejores manos —susurró, alargando los dedos para retirarle el mechón que caía sobre sus ojos.

Le enjugó con el pulgar el brote de una lágrima. El aliento de Nanami le impregnó la muñeca y allí quedó enredado, como una prenda de aquella última despedida. Finalmente, Ryō dio un paso atrás y se despidieron con una sencilla reverencia.

Al salir a la calle, se encontró con que el mozo lo esperaba con su caballo debidamente embridado. El samurái cargó las alforjas, colgó la lanza de la percha y

montó. Se demoró en mirar a su alrededor: la primavera comenzaba a llegar al valle; pronto revivirían los arroyos, el color volvería a la montaña y florecerían todas aquellas cosas cuyo nombre ya no podría enseñarle a escribir...

Con el ánimo sombrío, azuzó al animal y marchó al paso antes de que lo alcanzara aquel dolor que lo abatiría como la más certera flecha.